

EL CULTO A NIETZSCHE EN ALEMANIA

Klaus Gauger

Universidad de Friburgo

RESUMEN: Friedrich Nietzsche (1844-1900) es la principal influencia para muchos filósofos posmodernistas desde los años posteriores a 1870. Para ellos Nietzsche es un crítico radical del racionalismo positivista, el profeta de la fragmentación y discontinuidad, del poder del discurso y del carácter metafórico de la verdad. El artículo muestra y explica el culto cuasi religioso a Friedrich Nietzsche que existió en Alemania desde 1890 a 1945 en sus diferentes formas ideológicas y sus más importantes representantes.

Palabras clave: culto – posmodernidad – verdad

ABSTRACT: Friedrich Nietzsche (1844-1900) has been the main influence for many post-modernist philosophers since the 1870s. For them, Nietzsche is a radical critic of positivist rationalism, the prophet of fragmentation and discontinuity, of the power of discourse and of the metaphorical nature of truth. This paper shows and explains the quasi religious cult to Friedrich Nietzsche that existed in Germany from 1890 to 1945, in its different ideological forms, as well as its most important representatives.

Keywords: cult – postmodernism – truth

La obra de Friedrich Nietzsche (1844-1900) se considera hoy el exponente más destacado de un pensamiento posmetafísico que pone en duda las convicciones de las grandes construcciones metafísicas de la filosofía occidental, cuya culminación viene representada por la filosofía idealista de Georg Friedrich Wilhelm Hegel (1770-1831) y de sus discípulos, los hegelianos de derechas y de izquierdas, estos últimos con Karl Marx (1818-1883) a la cabeza. La alta valoración de Nietzsche en la filosofía actual se debe a varias razones: una de ellas es el ocaso de la filosofía marxista, que, muy en boga a finales de los años sesenta y en la década de los setenta, es decir, en los años de la revolución estudiantil en el mundo occidental, perdió importancia con el surgimiento de otras tendencias políticas en los años ochenta, con la remodelación neoliberal de los partidos socialistas europeos y sobre todo, a finales de los años ochenta, con el derrumbamiento del sistema soviético, que puso al descubierto el fracaso total de una política económica de tipo marxista. Además, el totalitarismo comunista había causado grandes estragos en las filas de los muchos disidentes que habían luchado contra un sistema que limitaba fuertemente las libertades individuales y —tanto en China como en Rusia— había llevado bajo Stalin y Mao a la exterminación completa de grupos sociales y políticos considerados como «enemigos de clase».

La otra razón es la valoración de Nietzsche en la filosofía postestructuralista y deconstructivista francesa, que se extendió por todo el mundo occidental desde mediados de los años sesenta y que tiene a Nietzsche, en una lectura más bien irónica, como su principal fuente filosófica. En pensadores como Georges Bataille (1897-1962) y más tarde Michel Foucault (1926-1984) y Jacques Derrida (1930-2004), Nietzsche fue desinstrumentalizado y desideologizado y pasó a ser el exponente de la radicalidad como tal. Para estos pensadores, Nietzsche es un metafísico puro, el crítico radical de la razón ilustrada, el profeta de las fragmentaciones, de las discontinuidades, del poder de los discursos y del carácter metafórico de la verdad, y es el inspirador de nuestra época posmoderna, que parte de una radical indeterminación epistemológica e ideológica.

Incluso un crítico de Nietzsche tan sutil e inteligente como el sociólogo y filósofo alemán Jürgen Habermas tuvo que reconocer, ya a finales de los años ochenta, que Nietzsche no sólo influyó poderosamente en Martin Heidegger (1889-1976) y en sus propios maestros Theodor W. Adorno (1903-1969) y Max Horkheimer (1895-1973), sino que además era el centro de convergencia de la filosofía posmoderna actual¹.

Lo que hoy no saben muchos de los lectores y admiradores jóvenes de Nietzsche es que el filósofo no sólo está de moda desde el auge de la filosofía posmoderna, sino que en realidad siempre lo estuvo, ya incluso en los últimos diez años de su vida, la década de 1890 a 1900, cuando vivía en estado de enajenación mental, primero con su madre en Naumburg y, después de la muerte de ésta en 1897, con su hermana Elisabeth Förster-Nietzsche en Weimar. Desde 1890 Nietzsche era un fenómeno filosófico internacional, su influencia abarcaba todos los ámbitos artísticos, literarios y filosóficos. La recepción de Nietzsche fue en aumento a partir de 1890, también en España. Muchos literatos y filósofos, entre ellos Baroja (1872-1956) y Ortega y Gasset (1883-1955), estuvieron influidos por Nietzsche².

En las siguientes páginas quiero dar una imagen del culto que se profesó a Nietzsche en Alemania entre 1890 y 1945³. Alemania es el país donde, más que en cualquier otro, hubo un culto a veces casi religioso a su persona y su filosofía.

1. J. Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1988, cap. IV: «Eintritt in die Postmoderne: Nietzsche als Drehscheibe», pp. 104-129.

2. Para la influencia de Nietzsche en España cf. G. Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid: Gredos, 1967.

3. En las bibliotecas universitarias alemanas hay docenas de libros sobre la recepción de Nietzsche en Alemania en prácticamente todos sus aspectos. Fundamental es la obra del norteamericano Richard Frank Krummel, que llevó a cabo una investigación bibliográfica exhaustiva de la extensión y la repercusión de la obra de Nietzsche en los países de habla alemana hasta el año 1945, consignando y detallando 5.700 documentos en las 2.600 páginas de su obra de tres volúmenes: *Nietzsche und der deutsche Geist*, 3 vols., Berlin/New York: W. de Gruyter, 1998. Importante es también la investigación que hizo el germanista alemán Bruno Hillebrand a finales de los años setenta sobre la recepción de las ideas nietzscheanas en la literatura alemana: *Nietzsche und die deutsche Literatur*, 2 vols., München:DTV, 1978. En el año 2000 resumió otra vez los resultados de su investigación en un libro: B. Hillebrand, *Nietzsche. Wie ihn die Dichter sahen*, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 2000. Importante y con unas valoraciones muy meditadas y matizadas es también el libro del historiador de la Universidad de Jerusalén E. Aschheim sobre Nietzsche y los alemanes y el culto a Nietzsche en Alemania, obra publicada en inglés en 1992: *Nietzsche und die Deutschen, Karriere eines Kults*, Stuttgart/Weimar: Metzler, 2000. En mi artículo me baso sobre todo en las obras de Hillebrand y Aschheim.

Es obvio el motivo de esta mayor repercusión: Alemania era la patria de Nietzsche. De este hecho biográfico elemental dependían las reacciones de la mayoría de los alemanes, la veneración y la enemistad profunda de que era objeto el filósofo en la sociedad alemana.

Después de 1945 ya no se puede hablar de un culto a Nietzsche en Alemania, porque el hecho de que los nacionalsocialistas tergiversaran su filosofía, interpretando mal, de modo consciente, algunos elementos y pasajes de su obra e instaurando un culto casi oficial a Nietzsche, dio paso después de la derrota alemana a una revisión de su obra, especialmente de sus implicaciones políticas e ideológicas que habían permitido a los nacionalsocialistas interpretarlo con cierta coherencia en su sentido, y dio paso también a una apreciación de Nietzsche, como persona y como filósofo⁴, desde un punto de vista más bien crítico y científico. La veneración y el culto a Nietzsche en un sentido nacionalista, antidemocrático y a veces racista quedan reducidos hoy en Alemania a unos círculos elitistas de derechas, carentes de verdadera influencia social o política. Su principal exponente es el escritor Armin Mohler (1920-2003), que ya en el año 1950 publicó un libro fundamental sobre la revolución conservadora en la República de Weimar e intentó con poco éxito reanimar en Alemania la tradición intelectual conservadora-revolucionaria. Y los partidos populistas alemanes de ultraderecha, de tinte nacionalsocialista, no suelen ser lo suficientemente sofisticados para acudir a fuentes filosóficas como Nietzsche.

1. NIETZSCHE EN LA ALEMANIA DE FIN DE SIGLO (1890-1914)

La ironía del destino quiso que Nietzsche empezara a tener un éxito fulminante en su país justo cuando perdió la razón. Antes de 1890 había tenido cierta repercusión internacional. En 1888 el escritor danés Georg Brandes impartió en Copenhague sus famosas conferencias sobre el radicalismo aristocrático de Nietzsche. En Alemania había algunos círculos radicales oscuros, más bien reducidos, que ya en los años ochenta veneraban a Nietzsche. Pero desde 1890 las ideas nietzscheanas se difundieron en todos los ámbitos intelectuales y provocaron una multitud de reacciones, desde la veneración incondicional hasta el rechazo total. Para algunos alemanes, Nietzsche era un héroe, para otros un hereje. Rápidamente se convirtió en objeto de un debate nacional casi obsesivo, y en los años anteriores a la primera guerra mundial todo intelectual alemán había de tomar posición frente a Nietzsche. Aparte de los círculos intelectuales, sus lectores se concentraban en la clase media burguesa culta, que organizaba veladas con lecturas de textos del filósofo. Desde esa década algunos grupos de la sociedad alemana empezaron también a ideologizar a Nietzsche, convirtiéndolo en filósofo de carácter alemán, arraigado en la historia y cultura alemanas, sólo accesible en todas sus dimensiones a lectores alemanes. Esta convicción po-

4. En este breve artículo no hay suficiente espacio para recopilar la abundancia de valoraciones, hechas por filólogos, filósofos, teólogos y escritores sobre Nietzsche y su obra y su implicación en la era nacionalsocialista, y la compleja cuestión de la supuesta «culpabilidad» del filósofo en relación con las atrocidades cometidas por Hitler y sus seguidores. Algunas de las opiniones más importantes se encuentran en el capítulo IX de la obra citada de Aschheim.

día quedar integrada en una multitud de diferentes actitudes políticas. Formaba también parte de este debate el protestantismo de Nietzsche y lo que éste pudo influir en su secularización. La idea de que la obra de Nietzsche era un signo colectivo de crisis y una ruptura con la tradición religiosa estaba muy extendida entre sus lectores. Aunque los lectores tempranos de Nietzsche lo valorasen de modo muy diferente, casi todos estaban convencidos de que el filósofo era una figura clave del fin de siglo. En esos mismos años empezó el culto al filósofo, que en realidad fue una serie de diferentes cultos.

En el Imperio alemán, los años tempranos de la recepción de la obra de Nietzsche estuvieron marcados sobre todo por las controversias en las que seguidores y adversarios intentaban justificar o condenar las ideas del filósofo. Tanto éstos como aquéllos partían de la unidad que formaban la vida y el pensamiento de Nietzsche, pero valoraban esta íntima vinculación de manera diferente: los seguidores intentaban dar a su enajenación mental una calidad positiva espiritual y empleaban en sus calificaciones un lenguaje heroico y profético. Según ellos, Nietzsche fue llevado a la locura por la incompreensión de una sociedad que no estaba preparada para entender las visiones del genial filósofo. Sus adversarios intentaban vincular la obra con la locura y trataban de demostrar que sus ideas estaban contaminadas por su enfermedad mental, para rechazar finalmente tanto la persona como la obra. En sus calificaciones se servían de fórmulas patológicas. Su locura no sólo demostraba lo peligroso de sus ideas sino también que los seguidores del filósofo estaban enfermos. La referencia a la locura de Nietzsche formó parte regular de una crítica filosófica que trataba de probar la perversidad de sus ideas. En este sentido también veían en Nietzsche un «pensador peligroso» que propagaba ideas peligrosas que podían «contagiar», en un sentido epidemiológico, a sus seguidores y también a la sociedad entera. Una de las críticas más famosas en esta línea fue la del médico, escritor y sionista Max Nordau (1849-1923), quien en el año 1892, en su libro *Entartung* [Degeneración], atacó duramente a los modernistas del fin de siglo, que ponían en duda los logros del liberalismo, de la ciencia, del positivismo y del progreso. Para Nordau, Nietzsche era un loco delirante, orgánicamente enfermo. Sus ideas críticas acerca de la conciencia y la moral eran para Nordau la expresión de una psicopatología sexual sádica.

En los años anteriores a la primera guerra mundial, Nietzsche se hizo más y más conocido, sus ideas directrices como *la voluntad de poder, el superhombre o más allá del bien y del mal* y muchos de sus aforismos y giros se convirtieron en lugares comunes del mundo literario y político. Algunas obras de músicos famosos como Richard Strauss y Gustav Mahler y las construcciones de algunos arquitectos estaban influidas por ideas nietzscheanas, las revistas ilustradas publicaban retratos, dibujos, esbozos y esculturas de Nietzsche. El bigote de Nietzsche se convirtió en el signo visual distintivo del filósofo. Incluso se vendían productos para el culto a Nietzsche, como pequeñas esculturas y reproducciones de pinturas. A los adversarios de Nietzsche les irritaba el culto al filósofo casi más que su doctrina. Ese culto fue objeto de una abundante literatura, muy alarmada por tal fenómeno. Sus autores provenían de bandos políticos diferentes, había entre ellos conservadores, liberales, demócratas que atacaban el amoralismo, el cinismo y la falta de escrúpulos de la filosofía nietzscheana. Para los socialistas, Nietzsche era el exponente de una pseudorradicalidad burguesa, que no ponía

en duda los fundamentos concretos de la explotación capitalista y no atacaba las estructuras socioeconómicas y las diferencias de clase.

Los adversarios de Nietzsche pronosticaron, en su mayoría, que el culto a Nietzsche iba a ser de corta vida. No se percataban de que ese culto no provenía de una opinión uniforme ni de una organización autoritativa. El nietzscheanismo fue, desde el primer momento, multiforme, y el hecho de que la obra aforística, heterogénea, hermenéuticamente abierta de Nietzsche pudiera ser interpretada de muy diferentes maneras, adaptándose a casi cualquier contexto ideológico, ha sido responsable de la persistencia del nietzscheanismo hasta nuestros días y le ha permitido penetrar en muchos ámbitos de la vida política, cultural y social.

También en el Archivo Nietzsche, dirigido por su hermana, Elisabeth Förster-Nietzsche, había personalidades e intereses diferentes, entre los que de vez en cuando estallaban los conflictos. Además, la influencia del archivo nunca fue decisiva para el nietzscheanismo, aunque la hermana y su archivo intentaban dirigir la edición y la divulgación de las obras de Nietzsche e institucionalizar el culto al filósofo, erigirle monumentos, crear una liturgia y desarrollar rituales y ceremonias. Pero el intento de Elisabeth Förster-Nietzsche de crear en Weimar un lugar de culto a su hermano fue siempre problemático. Muchos de los admiradores de Nietzsche rechazaban las actividades de la hermana y la atmósfera reaccionaria del Archivo, que les parecía provinciana, conformista y pequeño-burguesa, totalmente inadecuada a la persona y a las ideas del filósofo. La historia del nietzscheanismo en Alemania no se debe confundir con la historia del Archivo Nietzsche en Weimar. En su biografía de Nietzsche y en una multitud de ensayos, la hermana intentó liberar a Nietzsche del aura patológica y eliminar de sus ideas los elementos subversivos. En esas publicaciones, Nietzsche era un patriota prusiano y un hijo, hermano y amigo entrañable, condenado por un público que no comprendía la soledad. La hermana combatía sobre todo la afirmación de que la enajenación mental de su hermano fuese la consecuencia de una enfermedad hereditaria o el resultado de una enfermedad contagiosa venérea contraída en su época de estudiante. Según ella, el derrumbe mental de Nietzsche fue la consecuencia de una sobredosis de un somnífero que contenía clorhidrato.

Los seguidores de Nietzsche se reclutaban sobre todo entre la juventud culta de clase media y las vanguardias de los años noventa. La fuerza de atracción del filósofo estaba vinculada a la mediocridad política e intelectual del Imperio alemán. La juventud culta y las vanguardias veían en Nietzsche a un profeta mesiánico que con su crítica y sus visiones había roto las barreras de los convencionalismos de la moral burguesa y cristiana. Nietzsche les suministraba una revolucionaria teoría del conocimiento, les daba un ímpetu elitista y profético y la fuerza para hacer una crítica radical del positivismo y emprender la revuelta contra el materialismo. Nietzsche también reforzaba sus inclinaciones hacia la filosofía vitalista y su ímpetu antiilustrado. En general, las visiones de los vanguardistas oscilaban entre la idea de una autocreación atea y la de una autoentrega dionisiaca del hombre. Muchas veces estos dos elementos centrales se combinaban con una búsqueda de nuevas formas de comunidad. Tanto los freudianos como los nietzscheanos intentaban explorar el subconsciente y lo irracional. Pero mientras los freudianos procuraban guardar una honestidad burguesa y buscaban el reconocimiento del público, algunos literatos y seguidores

bohemos de Nietzsche fueron en muchos casos claramente amoralistas y, con un desenfrenado lenguaje dionisiaco, propugnaban una liberación erótica libre de trabas. Y hubo casos como el del brillante psicoanalista nietzscheano Otto Gross (1877-1920), drogadicto y revolucionario cultural y sexual, anarquista y paranoico, que se convirtió en el enemigo declarado de lo que él consideraba el orden represivo, autoritario y patriarcal de su época.

La contracultura libertaria inspirada por Nietzsche y representada por personas como Gross también tuvo sus centros geográficos, el más famoso de los cuales fue la colonia de artistas surrealistas, de pacifistas y anarquistas y de bailarinas feministas, situada en el pueblecito suizo de Ascona y frecuentada por literatos como D. H. Lawrence y Hermann Hesse.

Un movimiento vanguardista vinculado en todas sus formas —en la pintura, en la escultura, en la literatura y el teatro— con Nietzsche fue el expresionismo. Tanto los expresionistas de izquierdas como los de derechas estaban influidos por Nietzsche y eran vitalistas, antirracionalistas y antipositivistas. El más dotado de ellos fue el poeta lírico Gottfried Benn (1886-1956), un nietzscheano puro que en 1933 tomó posición a favor del nacionalsocialismo. También el círculo vanguardista esteticista del lírico Stefan George estuvo muy influido por Nietzsche. Uno de los seguidores de Stefan George, Ernst Bertram (1884-1957) publicó en 1918 *Nietzsche. Versuch einer Mythologie* [Nietzsche. Ensayo de una mitología], libro muy influyente que tuvo un papel decisivo en la transformación de Nietzsche en profeta germánico mítico y en la leyenda nacional de la nueva derecha alemana. Dos amigos tempranos de George, Alfred Schuler (1865-1923) y Ludwig Klages (1872-1956), mitificaron a Nietzsche de manera parecida, admirando en él sus ideas antirracionalistas y vitalistas. Además eran vehementes antisemitas, con una nostalgia arcaica de la raza y la tierra. Entre 1897 y 1904, tanto ellos como George fueron miembros de un círculo muniqués esotérico, gnóstico y pagano. Hoy se tienen las ideas de Schuler y de Klages por uno de los orígenes místicos del nacionalsocialismo. Otro pensador importante de la «revolución conservadora», influido por Nietzsche ya desde su juventud, fue Hugo von Hoffmannsthal. En una carta de 1891 a su amigo Arthur Schnitzler, hablaba del impacto que habían causado en él los escritos del filósofo y en ese mismo año concibió el plan de traducir al francés *Más allá del bien y del mal*. Sin duda alguna, Hoffmannsthal fue un conocedor profundo de la obra de Nietzsche y en su famoso ensayo de 1927 *Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation* [La escritura como espacio espiritual de la nación] calificaba a Nietzsche «más de profeta que de escritor».

Importantísimo fue Nietzsche también para los hermanos Thomas y Heinrich Mann. Sobre todo Heinrich Mann (1871-1950) lo descubrió muy pronto y ya en 1896 reconoció la gran importancia de Nietzsche como crítico de la cultura, mientras que Thomas Mann (1875-1955) lo descubrió más tarde y le erigió un monumento en sus *Consideraciones de un apolítico*, de 1918. Después de 1945 se distanció del filósofo en su famoso ensayo *Nietzsches Philosophie im Lichte unserer Erfahrung* [La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia], en el que hace al filósofo responsable, hasta cierto punto, del abuso de su filosofía por parte de los nacionalsocialistas, quienes —según Thomas Mann— no por pura casualidad encontraron en la obra de Nietzsche los argumentos para su política y práctica antihumanista. Su hermano Heinrich, sin embargo, ni siquiera

ra a esas alturas encontró la menor vinculación entre la obra del filósofo y los crímenes cometidos en el Tercer Reich. Otro gran escritor que descubrió muy pronto a Nietzsche y mantuvo una valoración distanciada y crítica fue Alfred Döblin (1878-1957), quien entre 1902 y 1903 redactó dos ensayos brillantes y filosóficamente acertados sobre Nietzsche, que no se publicaron en su momento y forman parte de su obra póstuma. También fue importante la obra del filósofo para Robert Musil (1880-1942), quien la leyó en 1898. Musil estaba sobre todo fascinado por el perspectivismo de Nietzsche y más tarde hablaría de la decisiva influencia que ejerció sobre él en su juventud. En su gran obra de 1921, *El hombre sin atributos*, sobre todo la figura de Clarissa representa una caricatura de las ideas y del estilo de Nietzsche.

Pero no sólo las vanguardias y la juventud de clase media eran seguidores de la filosofía nietzscheana. También otros grupos y movimientos de la sociedad del segundo imperio alemán adaptaron elementos de esa filosofía y los incluyeron en su propia ideología. Como el nietzscheanismo no era una ideología política determinada vinculada a un partido concreto, como no tenía dogmas y era muy flexible, podía adaptarse a muchos contextos muy diferentes. Un ejemplo de la adaptación de elementos nietzscheanos fue el feminismo alemán anterior a la primera guerra mundial. Asombra hoy que las feministas alemanas vieran en Nietzsche a un defensor de sus ideas, ya que él tiene en su obra varios pasajes en los que habla despectivamente de la mujer y de su emancipación. Pero también las feministas encontraron en Nietzsche un diagnóstico de la época y el impulso hacia una libertad más allá de las fronteras establecidas por la sociedad y más allá de una moral que, para las seguidoras de Nietzsche, era ya obsoleta. En la literatura feminista se luchaba en nombre de Nietzsche y de la nueva *supermujer* contra la moral represiva burguesa y cristiana y contra una mojigatería destructora de la vida. Y desde la radicalización del feminismo a mediados de los años noventa, la obra de Nietzsche también tuvo una función importante en la política feminista. Lily Braun (1865-1916), socialdemócrata, y Helene Stöcker (1869-1943), feminista burguesa, representaron esa tendencia nietzscheana en la política feminista del Imperio alemán. Las dos querían reformar la ética sexual y atacaban las prácticas sexuales y las instituciones de su época y propugnaban una nueva moral libertaria. La institución de esa nueva moral fue el *Bund für Mutterschutz* [Alianza para la protección de la madre], fundada en 1905. Esta asociación con sus 4.000 miembros luchaba por el reconocimiento de las comunidades de vida extramatrimoniales, construía viviendas para las madres solteras, propugnaba el amor libre y solicitaba la libre venta de preservativos.

Otro ejemplo de un grupo que asimilaba ideas nietzscheanas de manera muy variada en su vida cultural e institucional fueron los judíos alemanes. La reacción, con diferentes matices pero mayoritariamente positiva, de los organismos judíos frente a Nietzsche refleja la posición compleja y central que tienen los judíos y su religión en la obra de este filósofo. Tanto con sus comentarios hostiles como con sus comentarios benévolos, Nietzsche había puesto de relieve el papel decisivo que tenía ese pueblo en la historia de Europa.

Por un lado, Nietzsche hacía responsables a los judíos del establecimiento de una moral de esclavos en el mundo cristiano; por otra parte, condenaba el «timo» racista y antisemita y expresaba su admiración por la inteligencia de los judíos europeos. Para los judíos, la obra de Nietzsche contenía muchos elemen-

tos que podían ser interpretados de manera fructífera. Caesar Seligman (1860-1950), uno de los rabinos liberales alemanes, acuñó la expresión de la «voluntad de judaísmo». Seligmann alababa la modernidad de Nietzsche, su búsqueda de la verdad sin dogmas y sin sistema fijo y cerrado; Nietzsche era para él un profeta de nuestro tiempo. Por otra parte, Seligmann era el típico judío liberal y culto y por eso rechazaba el mensaje de Nietzsche. Según Seligmann, para la religión judía no era importante la superación del hombre, sino de lo inhumano. También el destacado rabino ortodoxo Nehemias Anton Nobel (1871-1922) rechazaba la amoralidad del filósofo y su desprecio de los débiles. Según él, existe una sola moral, perfectamente democrática, que no rinde culto al genio y que dice «ama al prójimo como a ti mismo».

Hubo varios teólogos judíos cuya obra presenta influencia nietzscheana. Entre ellos figura Franz Rosenzweig (1886-1929), el más innovador. El rechazo nietzscheano de dogmas y artículos de fe y la insistencia en la libertad concreta de la decisión individual eran tan importantes para Rosenzweig como la tentación del nihilismo en el camino hacia la fe.

Dentro del sionismo, fue sobre todo la segunda generación después del fundador y presidente, Theodor Herzl, y de su íntimo amigo y vicepresidente Max Nordau, la que buscaba una renovación personal y colectiva y la que empezó a integrar elementos nietzscheanos en el sionismo. Destaca en ella el teólogo Martin Buber (1878-1965) que abordó con gran intensidad las ideas de Nietzsche, y quedó influido por él en todas las fases de su vida.

También el filósofo Theodor Lessing (1872-1933) propugnaba como Buber un vitalismo sionista de corte nietzscheano. Entre los sionistas de Europa oriental, Micha Josef Berdyszewski (1865-1921), el nietzscheano más famoso y elocuente, abogaba por una transmutación de los valores judíos en el sentido de una autoexaltación de los semitas.

Importante fue Nietzsche también para otra institución de la contracultura, el movimiento juvenil alemán, que rechazaba la generación de sus padres, la educación escolar y los convencionalismos burgueses, y deseaba el libre desarrollo de los jóvenes. Tanto en el ala progresista del movimiento juvenil alemán, la *Freideutsche Jugend*, como en el ala nacionalista y racista, el *Wandervogel*, se discutían a fondo las ideas de Nietzsche.

Los círculos nacionalistas y conservadores tradicionales que formaban las elites gobernantes del Imperio alemán rechazaron rotundamente a Nietzsche por considerarlo subversivo y peligroso. Fue después de la primera guerra mundial cuando el filósofo pasó a ser el portavoz de una derecha nueva y radical totalmente distinta. Pero ya en los años noventa empezaron a surgir en la sociedad alemana ciertos círculos racistas y nacionalistas en el sentido de una nueva derecha radical que intentaba explotar la obra de Nietzsche para sus propios fines. Esta nueva derecha de tipo *völkisch* [racial] era ideológicamente muy amorfa; entre todos aquellos antisemitas, ultranacionalistas, defensores de la eugenesia y darwinistas sociales, había seguidores y adversarios de Nietzsche. Pero para esos ideólogos, la idea de Nietzsche del *superhombre* y la idea de Darwin de la supervivencia de los mejor adaptados se podían combinar muy bien con la idea de la formación de una raza superior germánica. Aparte de eso, Nietzsche, según ellos, había comprendido la naturaleza maligna de los judíos. Uno de los nietzscheanos más furibundos de esta nueva derecha fue Alexander Tille (1866-1912),

que en su libro *Von Darwin zu Nietzsche*, de 1895, pedía la exterminación de elementos improductivos de la sociedad, como los discapacitados físicos y psíquicos, y subrayaba en un sentido nietzscheano su rechazo del humanismo, de la igualdad, de la ética cristiana, del socialismo y la democracia. La meta moral de la humanidad, según él, era la creación de un ser superior, un *superhombre*. Las actividades e ideas de esta derecha de tipo *völkisch* fueron realmente proféticas, porque en la República de Weimar esa misma derecha quedó finalmente victoriosa en la figura de Adolf Hitler, quien, entre los años 1933 y 1945, convirtió en realidad las fantasías de aquellos grupos, exterminando las minorías judía y gitana, que según sus teorías eran elementos infrahumanos, y exterminando también a discapacitados mentales, a homosexuales y —claro está— a todas las personas que por razones políticas o religiosas rechazaban su visión de un imperio germánico racista.

2. NIETZSCHE EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y EN LA REPÚBLICA DE WEIMAR (1914-1933)

En el desarrollo del culto a Nietzsche, la primera guerra mundial fue decisiva. Para los diferentes grupos de las naciones beligerantes, la primera guerra mundial fue la ocasión de formarse una imagen de Nietzsche que concordara con sus diversos intereses. En Alemania, los seguidores de Nietzsche se pasaron en su mayoría al bando nacional y derechista. En los países enemigos de Alemania, Nietzsche formó parte de la propaganda antialemana y nació el mito, según el cual Nietzsche era uno de los pensadores responsables del estallido de la guerra y de la cruel dirección de la guerra por parte de los mandos alemanes. En general, la deificación y la demonización de Nietzsche fueron llevadas a nuevos extremos.

Para propagandistas aliados como Herbert Leslie Stewart en su panfleto *Nietzsche and the ideals of Modern Germany*, de 1915, Alemania representaba un amoralismo nietzscheano sin escrúpulos, mientras que los aliados luchaban por los valores cristianos. Los panfletos de Ernst Barker, *Nietzsche and Treitschke. The Worship of Power in Modern Germany*, de 1914, y de Canon E. McClure, *Germany's War Inspirers Nietzsche and Treitschke*, de 1915, hacían a Nietzsche responsable del militarismo e imperialismo alemanes. Para William Archer en su panfleto *Fighting a Philosophy* de 1915, las ideas de Nietzsche sancionaban la brutalidad de los soldados alemanes. En las cartas del literato y poeta inglés Thomas Hardy al periódico *Daily Mail*, los dirigentes alemanes estaban inficionados por la voluntad de poder, y Alemania era una nación de ambiciosos superhombres. También en Francia, intelectuales como Romain Rolland (1866-1944) vinculaban a Alemania en un sentido negativo con los valores nietzscheanos. En algunos casos la demonización de Nietzsche llegó a niveles grotescos. El periodista norteamericano Henry Louis Mencken (1880-1956), divulgador de la obra de Nietzsche en Estados Unidos, fue detenido y acusado de ser agente de guerra del «monstruo alemán Nietzky».

En Alemania, por otra parte, muchos autores veían en Nietzsche la mejor arma en su lucha contra los aliados. En la obra del filósofo había suficientes

pasajes en los que se alababa la guerra y las virtudes marciales, y ya en el fin de siglo muchos intelectuales, poetas y estetas vanguardistas veían en una guerra nacida del espíritu de la filosofía vitalista la solución de los problemas actuales, tal como los había diagnosticado Nietzsche. Poetas como el italiano Gabriele D'Annunzio (1863-1938), los futuristas italianos en torno a Filippo Tommaso Marinetti (1873-1944), intelectuales como el sindicalista revolucionario francés Georges Sorel (1847-1922) y el político italiano Benito Mussolini (1883-1945), entonces todavía socialista, alababan el espíritu purificador de la guerra en un sentido nietzscheano vitalista. En Alemania el número de ventas de las obras de Nietzsche aumentó de modo asombroso. Junto con el *Fausto* de Goethe y el *Nuevo Testamento*, el *Zarathustra* fue la obra más leída, y los soldados cultos solían llevarla en su macuto al campo de batalla, como consuelo e inspiración. Alrededor de 150.000 ejemplares del *Zarathustra* fueron repartidos a las tropas en una edición militar especialmente manejable. La asombrosa combinación con el *Nuevo Testamento* y con el *Fausto* ayudó a muchos intérpretes nacionalistas, que construían el mito guerrero nietzscheano, a dar respetabilidad al autor del *Anticristo*. Según ellos, la combinación del *Nuevo Testamento* con el *Fausto* y el *Zarathustra* era la mejor prueba del espíritu idealista del pueblo alemán, y el *Zarathustra* era parte integrante de la vida de la nación alemana y muy adecuada también en la hora de la propia muerte.

Con la movilización de Nietzsche para los fines bélicos de los círculos dirigentes alemanes y con su mitificación como símbolo político, el nietzscheanismo también penetró en el pensamiento político de una nueva derecha radical que empezó a surgir en la guerra y sobre todo después, en la República de Weimar. Eso era una tendencia nueva, ya que antes de la guerra la mayoría de los nietzscheanos no eran especialmente patrióticos. La guerra convirtió a Nietzsche en un símbolo patriótico y nacionalista y al mismo tiempo hizo difícil y poco atractiva la interpretación de Nietzsche en un sentido progresista, pacifista e izquierdista. Nietzscheanos como el escritor Arnold Zweig (1887-1968), que antes habían alabado las fuerzas purificadoras de la guerra, se convirtieron en críticos radicales de la primera guerra mundial y renegaron del ídolo de su juventud. El director escénico del teatro político alemán, Erwin Piscator (1893-1966), que antes de la guerra había visto en Nietzsche al gran crítico de la mediocridad y de las clases burguesas, observó con incredulidad cómo en el delirio de masas de la declaración de guerra había surgido un nuevo Nietzsche. El escritor expresionista Franz Pfemfert (1879-1954) y el poeta Stefan George (1868-1933), que antes hablaron con entusiasmo de una guerra futura, ante la realidad grotesca de la guerra de trincheras, adoptaron más y más posiciones pacifistas y humanitarias y rechazaron la transformación de Nietzsche en un gran patriota prusiano y la interpretación de la primera guerra mundial en el sentido de una guerra santa nietzscheana.

Pero tales reacciones eran más bien marginales. Mucho más importante fue la movilización de Nietzsche para fines nacionalistas y militaristas. Un papel importante en esta movilización del filósofo lo tuvo la defensa propagandística de Nietzsche como pensador conservador, patriótico y militarista por parte de su hermana Elisabeth Förster-Nietzsche (1846-1935) y de su archivo de Weimar. Con el estallido de la guerra creció en Alemania la tendencia a aceptar esa imagen de Nietzsche. El nacionalismo militante al comienzo de la guerra coincidió

con el septuagésimo aniversario de Nietzsche. En la prensa nacional, liberal y suprarregional se publicaron artículos que vinculaban el heroísmo nietzscheano con la lucha de la nación alemana y que glorificaban moralmente la muerte en el campo de batalla. Nietzsche se convirtió en el filósofo de la guerra mundial y del heroísmo, y esta imagen de Nietzsche fue difundida en una creciente oleada de publicaciones.

En los círculos de la nueva derecha radical, la guerra unía las virtudes marciales con la visión de una grandiosa transformación nacional, cultural y espiritual. Esa nueva derecha no estaba claramente perfilada antes del fin de la guerra. Pero ya en la guerra surgieron en ciertas revistas esotéricas tendencias protofascistas en las que era central la interpretación de Nietzsche como representante de valores heroicos y de la voluntad germánica de poder.

Estos nuevos representantes de una nascente «revolución conservadora» criticaban la moral burguesa en un sentido militarista nietzscheano. Obras como la del filósofo y sociólogo Max Scheler (1874-1918) *Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg* [El genio de la guerra y la guerra alemana] o la del sociólogo y economista Werner Sombart (1863-1941) *Händler und Helden* [Comerciantes y héroes], de 1915, alababan un heroísmo nietzscheano nacional en un sentido antiburgués y anticapitalista.

Cuando la guerra estaba llegando a su fin y la derrota se hacía inminente, el heroísmo nietzscheano ya no era la base de la movilización general y del triunfo en la batalla. Ahora el triunfalismo exaltado cedió el paso a un sentimiento de miedo y confusión. El espíritu de la cultura alemana estaba amenazado por la civilización ajena occidental. Ahora, Nietzsche se convertía en una figura central para analizar la situación, y su obra era el legado que salvaría el genio alemán en un futuro. Las mejores exposiciones de Nietzsche que se realizaron durante la guerra en este nuevo sentido fueron las ya mencionadas de Thomas Mann, *Consideraciones de un apolítico*, y de Ernst Bertram, *Nietzsche. Versuch einer Mythologie*, ambas de 1918. Para Thomas Mann, Nietzsche era la figura justificativa central de sus ideas anticivilizatorias y Ernst Bertram tenía el plan neorromántico y antirracionalista de crear la mitología del último gran alemán. La nueva derecha radical adoptó esta imagen mítica de Nietzsche después de la guerra, cuando se hizo evidente la difícil situación en que se encontraba Alemania. Esta imagen de Nietzsche fue la que dominó en Alemania desde el comienzo de la República de Weimar hasta el fin del nacionalsocialismo. Mientras que Nietzsche quedaba radicalmente mitificado y nacionalizado, la derecha tradicional se radicalizaba y modernizaba y aflojaba sus lazos tradicionales con la aristocracia, la monarquía y la iglesia. Se convirtió en la oposición radical revolucionaria al statu quo democrático de la República de Weimar, interpretando selectivamente ciertas ideas y ciertos elementos de la obra del filósofo. Para la «revolución conservadora», Nietzsche era una de las mayores fuentes de inspiración y una de las máximas autoridades. Como constataba el ya mencionado Armin Mohler, el cronista simpatizante de este movimiento en la República Federal Alemana después de 1945, la «revolución conservadora» no podía ser comprendida sin Nietzsche. Era él quien ofrecía a la nueva derecha los conceptos e ideas que la distinguían de la derecha tradicional de fin de siglo: la preponderancia del activismo y dinamismo nihilistas, una ética viril, militarista y nacionalista, una dura crítica del liberalismo, del marxismo y de la cultura de masas, y la visión postburguesa del nuevo

superhombre heroico del futuro. La nueva derecha radical politizaba la filosofía de la vida de una manera radical y propugnaba la visión revalorizada de un nuevo orden postracional y postcristiano *más allá del bien y del mal*.

Pero sin duda la «revolución conservadora» fue ante todo el producto de la derrota alemana en la primera guerra mundial, y fenómenos como la deshumanización general de la vida pública y la persistente crisis socioeconómica le daban un nuevo margen de libertad y posibilidades de corromper el sistema democrático de la República de Weimar; por otra parte, la nueva derecha también habría surgido sin Nietzsche y estuvo influida no sólo por él, sino sobre todo por el darwinismo social, el antisemitismo, el racismo y las diferentes doctrinas de la violencia.

Entre 1918 y 1933 la derecha abarcaba más de 550 asociaciones y disponía de 530 órganos de publicación. La nueva derecha nunca fue un movimiento monolítico. Comprendía desde grupos supuestamente conservadores como el *Deutschnationale Volkspartei* [Partido nacionalista alemán popular] hasta los nacionalsocialistas. Su táctica y su programa políticos eran bastante elásticos y constituían una amalgama de muchas organizaciones e ideologías políticas, pero Nietzsche siempre desempeñaba un importante papel. En tal evolución fue relevante el archivo de Nietzsche en Weimar y la hermana del filósofo. Prácticamente todos los miembros del archivo eran nazis.

Los teóricos de la nueva derecha radical describían en muchos casos sus visiones totalitarias empleando los conceptos y las ideas nietzscheanas. Pero para eso hubieron de someterlos a una metamorfosis radical. El superhombre de Nietzsche era singular e individualista. Los teóricos de la derecha radical tipologizaron a ese superhombre, transformándolo en un producto despersonalizado de una raza y una ideología superiores. Al mismo tiempo regularon el dinamismo nietzscheano, poniéndolo al servicio de una nación muy controlada por el Estado y sus dirigentes. La idea era la de un socialismo de derechas, nacionalista, militarista y antihumanitario. Oswald Spengler (1880-1936) tenía la visión de una nueva elite bárbara, cuya voluntad todavía no estaba disminuida por la influencia decadente de la moral cristiana y burguesa. Arthur Möller van den Bruck (1876-1925), que acuñó el término de «Tercer Reich» en su famoso libro del mismo título, abogaba por un socialismo nietzscheano idealista y espiritual de tipo corporativo, combinado con un antimarxismo férreo. Alfred Bäumler (1887-1968), que en 1931 publicó la interpretación nacionalsocialista más importante de Nietzsche con el título *Nietzsche: Der Philosoph und Politiker*, convirtió a Nietzsche en un pensador político que superó el nihilismo con la idea de la voluntad de poder y que, con su pensamiento, anunció la época postburguesa y postliberal. Ernst Jünger (1895-1998) tuvo en su libro *El trabajador*, de 1932, la visión ultradinámica de un estado militarista y sumamente tecnificado, cuya voluntad de poder tiene como meta la supremacía planetaria. En ese estado las funciones centrales son ejercidas por superhombres nihilistas, una mezcla de soldados y trabajadores industriales. En la misma dirección apuntaban las ideas de Georg Förster en su libro *Machtwille und Maschinenwelt* [La voluntad de poder y el mundo de la máquina], de 1930, que modernizaba la idea de la voluntad de poder, acoplándola al marco industrial y a la idea de un superhombre que domina creativamente la técnica y alcanza el dominio del planeta.

Pero la filosofía de la politizada vida nietzscheana no sólo sirvió para la

construcción de visiones más o menos abstractas de un socialismo de derechas, sino también para movilizar resentimientos contra el enemigo político o contra grupos minoritarios de la sociedad. En la República de Weimar hubo una profusa literatura de derechas, hoy poco conocida en Alemania, sobre temas como el anticomunismo, la higiene racial, el antisemitismo. Tal literatura empleaba en muchos casos conceptos e ideas nietzscheanas para darse un barniz de seriedad y dignidad y para legitimar esos productos de la amplia tendencia deshumanizante de la época de entre guerras. Un ejemplo de esa tendencia fue la nueva práctica de calificar al enemigo político o a personas marginadas o indeseables de «infrahombres», como término opuesto al superhombre nietzscheano. Los nacionalsocialistas divulgaron más tarde ese concepto integrando en él a todas las razas que, según su escala de valores, estaban claramente por debajo de los arios, como los judíos, los gitanos y los eslavos.

Un ejemplo de ese amoralismo vitalista fue el panfleto de Ernst Mann de 1920 que lleva por título *Die Moral der Kraft* [La moral de la fuerza]. Mann constataba en un sentido nietzscheano que todo lo que eleva la fuerza física e intelectual del hombre es bueno y todo lo que debilita esa fuerza es malo. En este sentido, Mann abogaba por la eliminación de todos los débiles y enfermos, tanto físicos como psíquicos, y de los homosexuales que según él eran afeminados e inferiores.

En la misma dirección iban los muchos artículos de revistas científicas que vinculaban el elitismo de Nietzsche y su desprecio por los débiles con la higiene racial y la eutanasia.

Otros libros se dirigían contra la minoría judía y empleaban temas e ideas nietzscheanas como base de su antisemitismo. Uno de ellos fue el de Franz Haiser, *Die Judenfrage vom Standpunkt der Herrenmoral* [La cuestión judía desde la perspectiva de la moral del señor] (1926). Según Haiser, el caos de la República de Weimar y de Europa era el resultado del predominio judío, que comportaba la debilitación de la raza superior de los arios. La elevación de la raza aria a una raza de superhombres sólo sería posible si los arios se decidían a enfrentarse radicalmente con los judíos y con sus otros enemigos. En general, la discusión de la cuestión judía estuvo acompañada en la República de Weimar de ediciones especiales de Nietzsche con tendencia antisemita, especialmente con extractos de *El anticristo* y *La genealogía de la moral*. Los prefacios de esas ediciones daban por sentado que Nietzsche había sido el pensador más radicalmente antijudío de todos los tiempos.

Pero no sólo existía el socialismo nietzscheano de la derecha alemana, también una parte de la izquierda alemana se interesaba por la obra de Nietzsche. Los socialistas y socialdemócratas ortodoxos rechazaban a Nietzsche, para ellos todo tipo de nietzscheanismo era una herejía y Nietzsche el filósofo pseudorradical del capitalismo avanzado. Pero las variantes heterodoxas de la izquierda alemana —especialmente las variantes anarquistas— solían incluir las ideas nietzscheanas en su sistema. El activista más importante de este anarquismo influido por Nietzsche fue Gustav Landauer (1870-1919). Landauer adoptó el irracionalismo, vitalismo y voluntarismo y la crítica del materialismo de Nietzsche e interpretó esos elementos en un sentido izquierdista, pasando por alto la negación de la solidaridad y de la comunidad entre los humanos por parte del filósofo. Landauer adoptó también la teoría de Nietzsche de que la vida y la cultura necesitaban la

ilusión. El socialismo en la interpretación de Landauer formaba parte del mito nietzscheano de la autocreación constante del hombre.

El mismo impulso de crear un marxismo que incluyera también las fuentes antipositivistas y neorrománticas del pensamiento utópico lo tuvo también Ernst Bloch (1885-1977), que conservó el ímpetu revolucionario de 1919 durante toda su vida. Según Bloch, las dimensiones religiosas e irracionales de la vivencia humana formaban parte de la tradición marxista. Bloch rechazaba la idea del eterno retorno de lo mismo, porque le parecía estático y antiutópico, pero adoptó la crítica de la cultura de Nietzsche y la idea de la voluntad de poder en cuanto que la voluntad humana puede perfeccionar la naturaleza en un sentido revolucionario.

A diferencia de Bloch, los representantes de la escuela de Fráncfort, Theodor W. Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse (1898-1979), eran más escépticos en cuanto a tales esperanzas de salvación. Las experiencias de su generación, especialmente con el nacionalsocialismo, los cargó de escepticismo frente a las ideologías y los sistemas totalitarios, y por eso desarrollaron una teoría crítica que atacaba toda forma de totalitarismo —incluido el totalitarismo de la sociedad de consumo— y que sólo tenía unas esperanzas utópicas muy reducidas. La escuela de Fráncfort presentaba un neomarxismo muy influido por Nietzsche. En una entrevista con el semanario alemán *Der Spiegel*, de septiembre de 1969, Horkheimer llegó a decir que Nietzsche era probablemente un pensador más importante que Marx. Especialmente en el diagnóstico de los representantes de la escuela de Fráncfort sobre la cultura de masas filisteas, deshumanizante y niveladora, se puede apreciar la influencia de Nietzsche.

Éste también fue central para las diversas variantes de religiosidad inspiradas por el filósofo. Los católicos rechazaban a Nietzsche como destructor de la moral cristiana y como defensor de un vitalismo amoralista *más allá del bien y del mal* y le tachaban de demoníaco, destructivo y blasfemo, también por haber proclamado que Dios había muerto.

Pero ya antes de 1900 hubo intentos, por parte de teólogos protestantes poco ortodoxos, de adoptar las ideas nietzscheanas y de domesticar al filósofo para sus fines. En 1896, el teólogo protestante Hans Gallwitz ensalzaba, en este sentido, las virtudes viriles y heroicas de Nietzsche con el argumento de que eran idénticas a las virtudes del «verdadero cristianismo». Lo mismo intentaron los teólogos del «cristianismo alemán», integrado en el nacionalsocialismo, para los que Nietzsche era una importante fuente de inspiración. También fue relevante Nietzsche para algunos movimientos religiosos no cristianos, para Rudolf Steiner (1861-1925) por ejemplo, el fundador de la antroposofía, que se sentía muy atraído por Nietzsche e incluso llegó a trabajar algún tiempo en el archivo de Weimar. Por una religiosidad nietzscheana neopagana abogaba también el círculo de intelectuales en torno a la revista *Die Tat*, fundada en 1909, especialmente los hermanos Horneffer, que más tarde se alistaron en el movimiento nacionalsocialista. Y por una religiosidad nietzscheana pura, más allá de todas las ideologías, luchaba sobre todo Georges Bataille, uno de los más destacados intérpretes de Nietzsche en Francia.

3. NIETZSCHE EN EL TERCER REICH (1933-1945)

La instrumentalización de Nietzsche por el movimiento nazi empezó ya antes de que Hitler se alzara con el poder. Las claves más importantes de la adaptación de Nietzsche al nacionalsocialismo las dio —como ya mencioné antes— el filósofo nacionalsocialista Alfred Bäumler en 1931, en su libro *Nietzsche der Philosoph und Politiker*. Bäumler fue más tarde catedrático de filosofía en Berlín y, durante el Tercer Reich, el investigador autoritativo de Nietzsche. Bäumler acentuó el elemento de la voluntad de poder en el pensamiento de Nietzsche, que para él fue esencialmente un hombre político, precursor de la era postliberal y postburguesa de la «gran política». El elemento del eterno retorno lo rechazaba Bäumler como un elemento pasivo, presentando a Nietzsche como un pensador dinámico en un sentido heraclíteo, vitalista y antirracionalista. Para Bäumler, Nietzsche era un filósofo del realismo heroico y no un pensador dionisiaco.

Pero Bäumler no fue en modo alguno el único que intentó presentar a Nietzsche como precursor del nacionalsocialismo. Ya antes de 1933, los órganos oficiales del movimiento declararon que Nietzsche era uno de los suyos, y los «aristócratas naturales» Mussolini y Hitler fueron presentados como descendientes espirituales del filósofo. Nietzsche era para los nacionalsocialistas un profeta que, en una época desesperada de decadencia liberal, había representado el auténtico espíritu germánico que triunfaría más tarde en el Tercer Reich. Según Alfred Rosenberg (1893-1946), uno de los filósofos más importantes del movimiento nazi, Nietzsche era un revolucionario, que no fue entendido en su momento y cuyas ideas sólo ahora —en la época nazi— podían ser valoradas de manera adecuada.

Una avalancha de publicaciones presentó el nacionalsocialismo como la realización de las ideas de Nietzsche, porque tanto el filósofo como los nacionalsocialistas rechazaban la sociedad burguesa, el liberalismo, el socialismo, la democracia, el igualitarismo, la ética cristiana y el racionalismo. Nietzsche quiso superar el nihilismo con la visión del superhombre y su voluntad de poder, y el nacionalsocialismo estaba realizando esa visión criando una nueva raza de superhombres heroicos y militaristas. Claro está que tales interpretaciones tergiversaban las ideas y opiniones centrales de Nietzsche, ya que el filósofo entre otras cosas no fue racista y rechazó a los antisemitas de su época. Pero para los nazis la instrumentalización de Nietzsche para su política y sus fines belicistas era central, y ese género de interpretaciones también contó con el apoyo del archivo de Nietzsche dirigido por la hermana del filósofo. Ya en 1932, Harry Graf Kessler (1868-1937) anotaba en su diario que todos los empleados del archivo, desde el portero hasta los directivos, eran nazis. Elisabeth Förster-Nietzsche siempre había apoyado a la derecha alemana y quedó deslumbrada por Mussolini y Hitler desde la aparición de ambos en la escena política. Mussolini expresó su agradecimiento por tanta admiración regalando al archivo veinte mil liras en 1931. Hitler visitó el archivo en 1934 y se hizo fotografiar junto al busto de Nietzsche.

Pero aun así algunos filósofos nazis se percataron de que Nietzsche difícilmente podía ser considerado como un precursor de sus ideas. Ernst Krieck (1882-1947), catedrático de pedagogía en Heidelberg y un ideólogo importante del régimen nazi, observó sarcásticamente que, si se pasaba por alto el hecho de que Nietzsche no era ni socialista ni nacionalista y de que era además enemigo

de todas las teorías racistas, el filósofo podría haber sido un teórico eminente del nacionalsocialismo. Según Krieck, Nietzsche no podía ser considerado en absoluto como nacionalsocialista. Dietrich Eckart (1868-1923), el filósofo de tendencia *völkisch* de Múnich, que tuvo mucha influencia en Hitler, rechazaba a Nietzsche porque veía en él un caso claro de enfermedad mental hereditaria. Muchos seguidores del movimiento *völkisch* rechazaban a Nietzsche por considerarlo representante de un individualismo egoísta, una persona que calumniaba a los alemanes, que despreciaba a los antisemitas y que hasta tuvo ciertas tendencias filosemitas.

Pero los grandes pensadores que publicaron durante la época nazi eran totalmente conscientes de la relevancia de Nietzsche y de su obra para la interpretación de la realidad política, social y filosófica del Tercer Reich y de la segunda guerra mundial. Entre las interpretaciones importantes que se hicieron entre 1933 y 1945 hay que mencionar sobre todo las de Jaspers, Jung y Heidegger. En estos pensadores el análisis de las ideas de Nietzsche fue al mismo tiempo un análisis del régimen nacionalsocialista y una manera de posicionarse política y filosóficamente ante la nueva realidad del Tercer Reich.

Karl Jaspers (1883-1969), junto a Martin Heidegger y Karl Löwith (1897-1973) uno de los tres existencialistas alemanes eminentes, era catedrático en Heidelberg y estuvo en peligro durante toda la época del Tercer Reich porque tenía una mujer judía de la que, resistiendo a todas las presiones, no quiso separarse. En 1936 publicó su libro *Nietzsche: Einführung in das Verständnis seines Philosophierens* [Nietzsche: Introducción al entendimiento de su filosofar], en el que no tomaba en absoluto partido por los nazis, sino que abogaba por un Nietzsche sin ninguna fijación ideológica más allá de todas las limitaciones conceptuales. Según Jaspers, la importancia de Nietzsche se basaba menos en los contenidos de su pensamiento que en su manera valiente de filosofar, en su forma de pensar, capaz de integrar todo tipo de contradicciones.

Carl Gustav Jung (1875-1961), el psicoanalista y discípulo predilecto de Freud (1856-1939), impartió unos seminarios sobre el *Zaratustra* en Zúrich, donde era catedrático, entre los años 1934 y 1939, con el trasfondo de un nacionalsocialismo creciente que estaba poniendo en peligro el orden político mundial. Jung analizaba el *Zaratustra* bajo el aspecto de su simbolismo y de sus estructuras psicológicas y lo describió como un ejemplo de las fuerzas creativas y de los impulsos irracionales del inconsciente colectivo. Además intentaba descifrar las relaciones ocultas que había entre Nietzsche y sus ideas y la ideología nacionalsocialista. Según Jung, el *Zaratustra* tenía mucho que ver con los hechos políticos e históricos que se podían presenciar en estos años y los comentaba en el sentido de un inconsciente colectivo que actuaba también en Nietzsche cuando redactó aquel libro. El nacionalsocialismo era para Jung un proyecto nietzscheano y el psicólogo veía una afinidad psíquica entre Nietzsche, que tuvo una intuición anticipatoria, y el pueblo alemán de aquellos años. Está claro que para Jung el análisis del *Zaratustra* fue también un instrumento de su crítica del nacionalsocialismo.

Martin Heidegger se había hecho internacionalmente famoso con su libro *Ser y tiempo*, publicado en 1927, con el que fundó la filosofía existencial. Su libro *Nietzsche* (vols. I y II) se basa en unas lecciones que impartió entre 1936 y 1940 y los ensayos adicionales escritos entre 1940 y 1946. Para Heidegger, el

análisis de la obra de Nietzsche fue central en el desarrollo de su filosofía tardía de crítica de la técnica y de una perspectiva histórica de la cuestión del ser. El apoyo que dio Heidegger en un primer momento al movimiento nacionalsocialista y su posterior rechazo del régimen tuvo que ver con su análisis de las ideas centrales nietzscheanas y también con su análisis de la ya mencionada obra *El trabajador* (1932), de Ernst Jünger, que fue uno de los nietzscheanos más radicales de la derecha alemana hasta la toma de poder de los nazis.

En los primeros años del régimen nazi, Heidegger interpretó la toma de poder de los nacionalsocialistas en un sentido nietzscheano como expresión de la voluntad de poder que superaba al nihilismo europeo diagnosticado por Nietzsche. Más tarde se separa claramente de la interpretación de Bäumler de la voluntad de poder nietzscheana en un sentido político concreto. Ahora, en su libro sobre Nietzsche, critica esa idea central nietzscheana, diciendo que la voluntad de poder no supera el nihilismo, sino que es la culminación y la máxima expresión de éste. Así, no sólo critica a Nietzsche, sino también a los nacionalsocialistas, que son, según él, unos nietzscheanos sumidos en el nihilismo total de una voluntad de poder independizada y sin meta. El agente de esa voluntad de poder es un nuevo tipo de superhombre que se adueña del mundo a través de la técnica y que no domina sólo a Alemania, sino a todas las potencias mundiales. Por esto la crítica de Nietzsche y de los nacionalsocialistas desemboca en Heidegger en una crítica general de la técnica. La técnica es finalmente, para Heidegger, la culminación y la materialización instrumental de la metafísica occidental que lleva al hombre moderno al olvido total del ser.

La interpretación de Nietzsche por Heidegger fue importante para el «redescubrimiento» de la obra de Nietzsche después de 1945. Heidegger inspiró al Sartre premarxista (1905-1980) de los años cuarenta y cincuenta, cuya filosofía incluía también ideas vitalistas, especialmente las de Bergson y Nietzsche. Esa interpretación de Nietzsche por Heidegger tuvo especial importancia para Michel Foucault. Éste fue el intérprete más fiel de Nietzsche entre los posmodernos franceses y empezó su carrera como psicólogo de la escuela de Ludwig Binswanger (1881-1966), que trataba de combinar la filosofía existencial de Heidegger con el psicoanálisis de Freud. Foucault descubrió a través del libro de Heidegger sobre Nietzsche a este pensador alemán y fue elaborando sus propios enfoques, teorías e ideas que en muchos aspectos son un comentario y un constante intercambio intelectual con los enfoques, teorías e ideas del propio Nietzsche.